

TEATRO (1)

Veinticinco años después

□ "El abanderado", de Heiremans, se volvió a montar en el mismo teatro Antonio Varas donde se estrenara en 1962.

El montaje de *El abanderado*, de Luis Alberto Heiremans, realizado a los veinticinco años justos de su estreno y en la misma sala que le vio nacer, constituyó una búsqueda lícita y válida, pero frustrada.

Lo que se da en el texto de la obra es un paralelismo entre dos calvarios: aquél de Cristo, reflejado en la procesión de la Cruz de Mayo con todos sus atuendos folclóricos, y aquel de *El abanderado*, cuatrero apresado por la policía que es conducido a la ciudad para ser juzgado y seguramente ejecutado. Junto a su colorido, la obra también tiene cierto carácter reflexivo que surge de los recuerdos e introspecciones del bandido y a su vez lo conducen a una verdad interior, purificadora.

El lenguaje de Heiremans genera algunos momentos poéticos, pero el conjunto de la obra no debe sobreestimarse, por cuanto se disgrega un tanto y sólo adquiere una fuerza relativa. Incluso, a raíz de su estreno original se escribió que "en verdad, sin los elementos folclóricos, *El abandera-*



Tito Bustamante, en el papel de "El abanderado".

do habría sido un espectáculo débil". (ER-CILLA N° 1.409).

En esta oportunidad, la dirección de Guillermo Semler dio un claro sello al montaje con un lenguaje visual tan intenso que casi parecía estar en oposición con el texto hablado. El año pasado, con *La muerte de un vendedor*, el mayor mérito de la dirección de Semler fue que, con gran claridad, la puso al servicio de la obra. Ahora con *El abanderado*, a pesar de aciertos como la ubicación del percusionista en escena, se utiliza una gama de recursos que pueden ser valiosos en sí, pero no complementan el texto de Heiremans.

En primer término, se prescindió de cualquier elemento que pudiera sugerir colorido local chileno e incluso folclórico; algunos elementos del altiplano en la vestimenta de las mujeres parecen ubicar la acción en América latina, pero el ambiente es más bien de abstracción y no siempre queda claro qué ideas se quería destacar de esa manera. En cambio, los diferentes desplazamientos, de grupo e individuales, con su aprovechamiento de las posibilidades de la expresión corporal, a veces dan la sensación de querer explicitar la acción con prescindencia de la palabra y efectivamente se logran diversos cuadros y momentos visualmente impactantes.

Lo que se pierde va más allá de las búsquedas poéticas de Heiremans; abarca también el argumento con sus calvarios paralelos, que no emerge en forma suficientemente clara. Escenas como las evocaciones de la ponchera de la *Pepa de Oro*, o la ternura de Cornelia, en gran parte se pierden. En cambio, quedan grabadas las imágenes del teniente Bruna frente a su esposa y su ordenanza.

El trabajo de Semler tiene considerables

Reminiscencias del trabajo de Andrés Pérez.

reminiscencias de lo realizado durante el verano por Andrés Pérez en *Todos estos años*, con el Teatro Callejero. No sólo por los actores del elenco, muchos de los cuales participaron en aquella experiencia, sino hasta en los monigotes de la parte final. Hay, sin embargo, una clara diferencia: Pérez desarrollaba técnicas bien asimiladas durante varios años de trabajo con el *Theatre du Soleil*, de Ariane Mnouchkine; no obstante, este montaje da un poco la impresión de que hay más búsqueda que aplicación de materias ya asimiladas. Por lo demás, todos estos años también se distinguió más por lo visto que por su claridad.

En interpretación se dio una buena labor de conjunto, sin que, salvo Aldo Parodi (Bruna-Donoso), hubiera trabajos que

se destacaran mayormente. Decorados y vestuario (Oriana Gómez, Carlos Bruna) se complementaron con las intenciones del montaje.

El abanderado puede ser un espectáculo frustrado, pero al mismo tiempo implica una seria búsqueda y no hay que olvidar que, antes de llamarse Teatro Nacional y pasar por siglas como Ituch y Detuch, la compañía de Antonio Varas tuvo el nombre de Teatro Experimental.

Debido a la evolución del teatro chileno en casi medio siglo, la función de los teatros universitarios ya no es la misma de antaño, pero trabajos como aquél de Semler —aunque discutible— sin duda pertenecen al ámbito de lo que deberían ser sus actuales metas.

Hans Ehrmann ■

